

LARGO VIAJE DE NIXON

El Presidente Nixon ha emprendido el primero de sus dos grandes viajes de junio. El primero es una improvisación. Se va a Oriente Medio a recoger los frutos de la diplomacia de Kissinger. De la diplomacia visible y de la menos visible. El segundo, a partir del 27 de junio, le llevará a Moscú para entrevistarse con Brejnev. Se le había profetizado, cuando lo anunció con mucha antelación, que no lo haría; que estaría demasiado enredado en las cuestiones del «impeachment» —si no definitivamente atrapado— para viajar. Nixon sigue demostrando que su capacidad de resistencia es inmensa.

En Oriente árabe, Kissinger ha conseguido un acuerdo aceptable de la cuestión pendiente entre Israel y Siria en el Golán; lo suficiente como para que puedan reanudarse las conversaciones de Ginebra. Israel tiene un nuevo gobierno, el de Itzhak Rabin, y éste ha hecho públicas algunas de las pretensiones de su país en las negociaciones: no negociar con los palestinos directamente, buscar un tratado de paz con Jordania que mantenga Jerusalén como capital de Israel y «un estado árabe al otro lado del Jordán» (en lo que se llama la Cisjordania), en el que convivan palestinos y jordanos; llegar a un acuerdo con Egipto, porque Egipto «es la clave de la paz y de la guerra»; como etapa posterior, un acuerdo con Siria, sobre la base de que «Israel no regresará jamás a las líneas del 4 de junio de 1967», porque no las considera como una frontera defendible; mantener sobre el Líbano la acusación de la responsabilidad de albergar en su territorio «la base central de operaciones de organizaciones terroristas»; requerir más ayuda militar de Estados Unidos, pero sin que esa ayuda suponga que Estados Unidos puedan «dictar su política»; reconoce, en cambio, que la URSS está en una actitud de conciliación, pero que deberá evitar cualquier gesto que estimule «una nueva escalada militar».

Una declaración dura. Siria ha contestado ya que si los israelíes no abandonan el territorio conquistado, tendrá que recurrir otra vez a la fuerza militar. Los palestinos, que no abandonarán la lucha hasta que liberen el país y establezcan un estado «donde puedan convivir árabes y judíos»; Egipto, que Israel tiene ahora ocasión de cambiar «su antigua mentalidad de imperialismo y su forma sionista»...

¿Puede la presencia de Nixon suavizar esas posiciones? En realidad, parece que tras la visita de Gromyko para apoyar el trabajo de Kissinger, todas estas declaraciones, árabes como israelíes, son más bien para el consumo interior y para llegar a Ginebra con tersura negociadora. Va a cosechar éxitos para ofrecerlos en su frente interior: su viaje sería, de otra manera, innecesario.

Y el éxito no es solamente el de la diplomacia visible en que se ba-

san los acuerdos de continuación de negociaciones, sino, como queda dicho, el de la diplomacia menos visible. Es decir, la nueva inclinación de los países árabes hacia los Estados Unidos, preparada desde hace tiempo por el distanciamiento de Egipto de la URSS. Por eso, el Presidente inicia su viaje por Egipto, bien definido por Rabin como «clave de la guerra y de la paz»; y no solamente será recibido por el americanófilo Sadat en El Cairo, sino que juntos irán a hacer una visita a Alejandría. No está excluido que haya manifestaciones contrarias, que en este caso serían

tarde para comentarla, para saber si ha tenido ya alguna importancia mayor que la de «cámara de descompresión» en la que Nixon se acostumbrará al cambio de horario. La segunda, el día 18. Tal vez en esta última algún dirigente europeo acuda a visitarlo. Tiene un amigo cerca, Helmut Schmidt, el nuevo canciller de Alemania. Y quizá el propio Giscard no desdeñe la posibilidad de este primer contacto con Nixon como Presidente de la República Francesa, aunque parece más seguro y más lógico que se quede en París.

Nixon va a estar una semana en

Washington antes de emprender el nuevo viaje. Una semana de regreso al barullo de Watergate, y de poner en orden sus papeles con Kissinger y sus consejeros antes de emprender el viaje a Moscú. En él va a hacer con Brejnev un resumen decisivo de la situación del Oriente árabe. Se supone que de estas conversaciones ha de salir un futuro estable, y que uno de los objetivos del viaje a la zona árabe es poder esgrimir después que los acuerdos que se determinen en Moscú habrán sido obra suya. Es decir, tomar prestado de Kissinger algo de la aureola pacificadora de



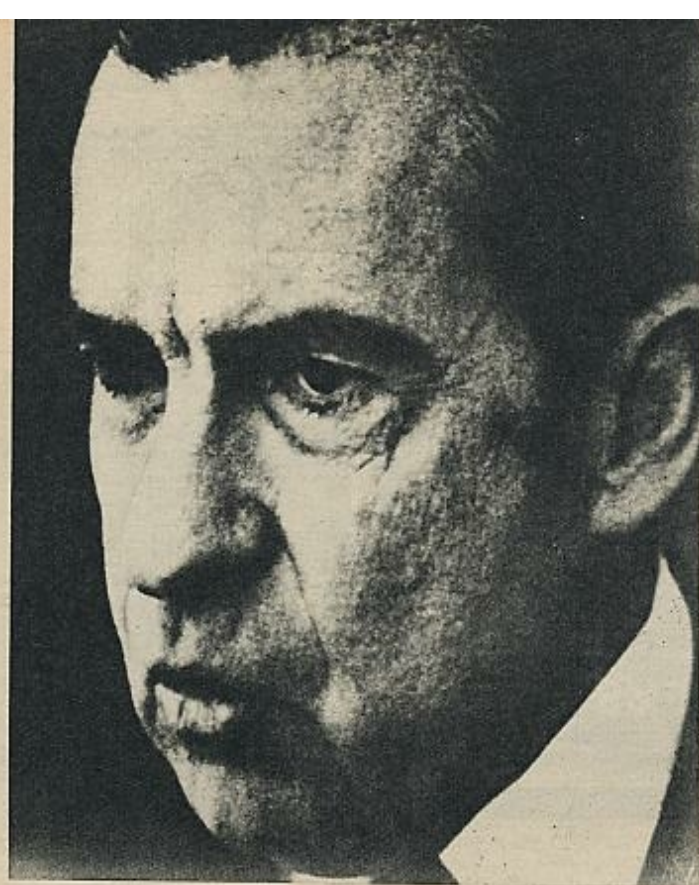
Vista de las delegaciones siria, israelí, americana, soviética y de la propia ONU en la sala del Congreso de la Organización de las Naciones Unidas en Ginebra, durante la firma del acuerdo de alto el fuego en el Golán.

más contra Sadat que contra Nixon; y las medidas de seguridad se han centuplicado para evitar un golpe de mano de los palestinos, para quienes un secuestro de Nixon —prácticamente imposible— sería algo glorioso. Siria, Jordania, Arabia Saudita, tal vez Irak, probablemente Irán, están en su agenda. Y, desde luego, Israel, donde Nixon no se limita a Tel Aviv: irá a Israel con la misma decisión con que los Presidentes anteriores iban a Berlín-Oeste y hasta los proclamaban berlineses, como Kennedy, para asegurar su voluntad de defensa: todo terminó, años más tarde, en la «apertura al Este» del propio burgomaestre de Berlín, Willy Brandt. No está excluido que en el futuro suceda lo mismo en esta zona, y que Jerusalén no sea la capital del estado hebreo.

Al principio y al final del viaje, dos etapas de contacto con Europa, las dos en Salzburgo. La primera habrá sucedido ya cuando se publiquen estas líneas, pero demasiado



Kissinger y Golda Meir, después del anuncio del acuerdo entre Siria e Israel



La Capilla Sixtina

Y LA COPA, ¿QUE?

Nunca había ocurrido nada igual. La gente ha dejado de hablar de fútbol y ahora habla de la reunión de Aravaca o de la reunión del Ritz, barcelonés. Es decir: la gente habla de política.

Porque después de estos temas, los primeros lugares del "ranking" conversacional español lo ocupan los viajes de tan sintomáticos personajes como Arias Navarro, Díez-Alegría, el Príncipe de España, don Juan, don Rafael Calvo Serer, etcétera. Sin embargo, no pueden abandonarse de la noche a la mañana los tics futbolísticos, y los castigos crean peculiares competiciones político-deportivas, que se resuelven con tanteos convencionales. Por ejemplo:

Espíritu de Febrero	3
Aravaca	2
Apertura	1
Reunión en Mallorca	1
Reunión en Asturias	3
Gironazo	1
Merienda en el Ritz	7
Cena en el restaurante Reno (con prórroga) ...	4

Trataré de explicar lo del restaurante Reno. Un amigo me ha contado que los intelectuales "progres" de Barcelona están furiosos porque cuando les invitaba Auger a comer, lo hacía en cafeterías pobres, limpias y honradas. Se ha sabido que el otro día estaban comiendo o cenando, en el Reno barcelonés, don Sebastián Auger y don Pedro Durán Farrell. Los "progres" preguntan con cierta lógica: ¿Por qué esta discriminación? Tal vez se deba al sentido del ahorro por parte de don Sebastián, pero es poco problemático, porque Auger cuida las relaciones públicas. Es posible que se trate de una simple cuestión de metalenguaje. Cuando Auger invita a "progres" busca marcos asépticos gastronómicamente hablando. Cuando invita a grandes "managers", lo hace en restaurantes estrellados en la guía Michelin. Lo que Auger desconoce, es que si hay gente a la que le tienta la gastronomía en

España, es a los intelectuales "progres". Perdonen la digresión, pero es que estoy afectado. También un día me invitó a mi Auger y me dio un trato de "progre" gustativamente desastroso. Yo, en realidad, quería ajustarme a las reglas de los artículos bien contruidos y ceñirme a una sola idea. No ha sido así. O tal vez sí, porque de alguna manera esa entrevista en el Reno, que muy probablemente fuera amistosa o simplemente económica, ha sido teñida de política por mis informantes, y es que la burguesía ilustrada en este país está tan politizada que uno se ha quedado automáticamente descolgado del pelotón. Lo noté cuando trataba de pegar la hebra con Marco Antonio Alfonso de los Arroyos, absorto sobre una extraña quiniela.

—Oye, Marco Antonio, ¿te apuestas algo a que este año llegan a la final de Copa el Barça y el Atlético de Madrid?

—A la final van a llegar el Aravaca y el Ritz con árbitros del Colegio Asturiano.

—¿Cómo?

—Perdona. Pero es que estoy llenando esta quiniela y me vienes tú con chorradas futbolísticas.

—¿Una quiniela no es una chorrada?

—Es una quiniela distinta. Fíjate.

Yo me fijé y vi un impresionante despliegue de equis, unos y doses al lado de enfrentamientos asombrosos entre personalidades políticas, entre situaciones políticas. Por ejemplo, había una X junto al enunciado del partido Silva Muñoz-Girón, 6/7 a 2 al lado de Federaciones Falangistas-Asociación de Antiguos Miembros del Frente de Juventudes. No pude más. Pegué un puñetazo en la mesa. La quiniela salió volando y a Marco Antonio se le cayó del ojo el monóculo que usa desde lo de Portugal.

—¿Pero qué te pasa a ti?

—Y la copa del Generalísimo, ¿qué?

—¿Y qué quiniela te crees tú que estaba yo llenando? ■

SIXTO CAMARA

éste. Hay otros temas importantes en el conjunto de estas conversaciones: resolver algunos escollos que quedan pendientes en las conversaciones de limitación de armamentos nucleares, en la de seguridad europea; apretar más los intercambios económicos entre los dos países...

Parece como si Moscú acogiera con bastantes reticencias esta visita. La noticia oficiosa con que se ha anunciado en Moscú dice que su objeto es «abrir posibilidades a la continuación del diálogo soviético-americano». Es bastante reservada. Da la sensación de que Moscú ha dejado ya de ayudar a Nixon con sus problemas interiores, como ha estado haciendo tanto tiempo: como si tuviese su final previsto. Moscú ha multiplicado en los últimos tiempos sus contactos con otras personalidades de Estados Unidos, desde Kennedy —a quien se supone candidato en las elecciones de 1976 y, si lo es, muy probablemente sería elegido Presidente— hasta hombres de negocios. Se ve claramente que desea que sus relaciones con Estados Unidos se lleven adelante por vías que no sean necesariamente oficiales, en vista de la situación precaria de Nixon. En un reciente comentario, la Pravda escribía: «La reducción de la tensión no es un tren expreso que se lance velozmente sobre una vía abierta de antemano y según un horario exacto. Más bien se podría comparar este trabajo difícil y múltiple que intenta mejorar el clima internacional a la ascensión de una alta cumbre. Puede haber detenciones, cambios de camino; sin embargo, el alpinista obstinado asciende a cada paso sobrepasando los obstáculos».

Si hay reserva en Moscú, la hay también en Washington. El Senado ha intentado, y lo intenta todavía, evitar este viaje de Nixon a Moscú (en principio, se ha aplazado; estaba previsto para el 24 y se realizará el 27. Se dice oficialmente que es para que Nixon tenga tiempo de descansar de su viaje «Impromptu» a Oriente). La tesis es ésta: la situación política interior de Nixon convierte a éste en un interlocutor peligroso para el extranjero, sobre todo con la URSS, que no ha perdido todo su carácter de «enemigo». Podría ocurrir que para ofrecer una imagen atractiva al país que de tal modo le rechaza, llegase a concesiones mayores con la URSS que luego serían mantenidas. Por el contrario, podría ocurrir que acentuase las dificultades o llevase la situación a un extremo de peligro —como hizo con la crisis atómica del 25 de octubre— con objeto de acallar las disensiones interiores. Y aún podría ocurrir que en medio de su viaje el caso Watergate, que continúa desarrollándose en todos sus niveles —los judiciales y el senatorial— estallase, y el Presidente de los Estados Unidos se encontrase en una situación terriblemente desahogada en el extranjero.

La táctica de Nixon es ignorar todos estos riesgos, todas estas advertencias. Desde el principio del tema Watergate, está actuando como si no hubiese ninguna posibilidad de destitución o de dimisión, como si su mandato no estuviese mordisqueado por el desprestigio y fuese a durar hasta la fecha constitucional de 1976. Estos largos viajes que acaba de emprender están absolutamente dentro de esta táctica. ■ J. A.